

ARTE Y LITERATURA

Diatriba del Arbol de Noël

Por AUGUSTO E. LORENZANA

POR referirse las fiestas navideñas al hecho capital de nuestra Religión Cristiana, enraizándose así en los más profundos estratos del espíritu occidental, dieron lugar al través de los años y de los siglos, a la formación de numerosas tradiciones nacionales y a que por ellas la común e indivisible emoción litúrgica que siente la Cristiandad por tales fechas se adaptara a la especial idiosincrasia de cada pueblo y de cada comarca. Sin embargo, de algún tiempo a esta parte el necio afán que ciertas capas sociales — y no ciertamente de las que por su formación cultural debieran de mostrarse menos firmes en las antiguas prácticas españolas — suelen poner en la copia servil de todas las cosas exóticas y adventicias, — ha comenzado a dejar sentir su influjo pernicioso sobre el modo y el estilo que los españoles teníamos de conmemorar el venturoso suceso del nacimiento del Redentor del Mundo.

De todas las influencias que en tal sentido pudieran llegar a registrarse, ninguna tan vana y lamentable como ese auge que le tratan algunos de prestar en nuestra patria a los ridículos arboles de Noël, de que este año se observó relativa abundancia por las tiendas y hogares barceloneses. Tan poco me place la moda, que voy a salir aquí en la medida de mis pobrísimas fuerzas, al paso de su futura y posible difusión; y no porque crea, desde luego, que pueda nunca llegar a obscurecer, ni menos a sustituir, a la españolísima fiesta de los Reyes con que, desde hace ya muchos siglos, se vienen colmando las ilusiones de nuestros niños en forma mucho más cristiana, ciertamente, de lo que pueda serlo esa fraudulenta introducción de la figura semi-mitológica del «Bonhomme Noël», sino porque con tal matización pagana de la más cristianas de las fiestas, los devotos de semejantes arboles cooperan eficazmente, en sus contrahechas expansiones navideñas, a la más nefasta de las tareas: la tarea de ir apagando el sabor de las viejas tradiciones y, con ello, de correr y aniquilar todo posible sentimiento de la Patria.

Y lo que hace más triste semejante moda es la circunstancia de que venga poco después del término de nuestra Cruzada Liberadora, la cual a través de las dolorosas pruebas que nos impuso, había de traernos, aparte de otras muchas venturas, el fin de cuantas veleidades extranjerizantes, más o menos aristocráticas o «de tono», pudieran llegar a sentirse en nuestra Patria. Resulta, sin embargo, que sobre otros viejos resabios que ciertas gentes se empeñan en seguir manteniendo vivos y pujantes, se nos presenta ahora ese vago conato de desnaturalización de una cosa tan esencialmente nacional

«La generación del 98 se lanzó a hallar la verdad de España en sus latidos íntimos, descubriendo cosas auténticas»

EL número correspondiente al día 24 del pasado mes de diciembre, de la revista «Santo y Seña», «alerta de las letras españolas», publica una entrevista con el excelente escritor y humanista Antonio Tovar, en la que, entre otros interesantísimos asuntos, se plantea el de la tan discutida generación del 98, diciendo respecto a ella, el escritor de referencia, lo que sigue:

«Entiendo que esta generación del 98 se encontró con una España oficial bastante huera, de la que estaba ausente la gran verdad de España, que ellos se echan a buscar. Ellos, acaso, se apartan del cuadro general de los grandes tópicos de nuestra Historia y acaso se lanzan a buscar la verdad de España en sus latidos íntimos, descubriendo cosas auténticas. Logran con su obra una vulgarización de valores españoles que la gente rehusaría conocer por medio de pedantes profesores de Literatura; así, la labor de divulgación de los clásicos que hace en sus libros Azorín. Otros — Pío Baroja — auscultan la vida íntima, el latir de existencias vulgares; donde hay, no obstante,

como es la celebración de la Nochebuena. Si tales prácticas llegaron a aclimatarse, sería el índice doloroso del fracaso de nuestros más nobles esfuerzos, hechos, desde luego, para algo más que para salvar de la colectivización las cuentas corrientes de esos huecos personajes, más o menos «noëlescos» y extranjerizados.

La Falange, pues, siente un noble y santo afán — y acaso este año con más empeño que nunca — en mantener frescas y lozanas todas nuestras viejas tradiciones navideñas. A tan benemérito esfuerzo deberá añadir en años próximos — ese es al menos mi modesto y sincero deseo — una activa campaña contra la cizaña de tales prácticas exóticas, cuya actual infiltración y posible crecimiento vendrían a dar al traste con la eficacia de todos esos desvelos. Ahoguemos el horrendo peligro de que un día nuestros hijos vean llegar las fiestas navideñas como algo distinto de lo que nosotros aprendimos a ver en ellas, y no olvidemos que el nacimiento del Redentor del mundo no basta con festejarlo como cristianos: es preciso festejarlo, en cuanto concierne a ese festejo popular que le ponemos al margen del festejo litúrgico de los templos, como cristianos españoles.

Sobre el libro de Joaquín Romero y Murube, «La canción del amante andaluz»

Por JUAN CERVELLON

DE las cinco partes en que se divide el libro, no sabría cual escoger, para, en un momento dado, dar a conocer a Romero y Murube, por medio de sus versos, a un espíritu culto y devoto de la poesía. Porque cada una compete con las otras en sus mismas cualidades, tan perfectas y de tan gran sucesión de belleza plástica, que resulta casi imposible encontrarles el menor asomo de diferencia, ya sea en descoro o pujanza de alguna de ellas.

La poesía de Romero y Murube, tan perfumada con sus arrayanes y jazmines y tan poéticamente andaluza con sus patios y su Granada, bien merece que lo que el poeta dice en sus «Coplas a la Azucena», se aplique en toda su expresión a ella:

Lo blanco no será blanco
sin tu blancura.

Porque yo no encuentro otra poesía tan vaporosa que flote como algo irreal y lejano y, a la vez, tan llena de sugerencias y expresiva, como la de Romero y Murube.

Sus poemas nos dan la impresión de que, más que ser visiones instantáneas del poeta, son largos recuerdos madurados bajo la placidez del dulce recordar,

una gran lección de autenticidad española. Unamuno habría de decir más tarde, con su definición de la «intrahistoria», que buscaba, en resumen, su generación. La «intrahistoria», ese reflejo de la grande y general historia de tipos vulgares, cotidianos, que hizo a don Miguel en cierta ocasión detenerse ante una aldea de un pueblo de Zamora y decir: «Eres, exactamente, la Dama de Elche». Y ante el estupor de la joven, aún vino a sumirla en mayor perplejidad diciéndola: «Y tienes, por lo tanto, más de tres mil años...» En la anécdota encontrarás todo el proceso esencial de 98; esa historia que la «intrahistoria» aspira a hacer. Pueblos, calles, casas, tipos humildes de España son destacados de su aparente vulgaridad para leer en ellos, como en un viejo libro, las mutaciones y aventuras de nuestra Historia.»

«De la generación del 98 hay que recoger su sentido de insatisfacción por la Patria, de ansia de perfección — que muchos de ellos apagan en desaliento — y que en su pureza prístina ha de llegar a la médula del pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera.»



El Greco. El entierro del Conde de Orgaz. (Foto archivo del S. E. U. del D. U.)

Desprecio o veneración a la obra del Greco

SE divide la obra del Greco en tres estilos. El primero viene representado por el discutido cuadro el «Expolio», manifestación de un gran espíritu innovador. El segundo tiene la mejor representación en el «San Mauricio» que se conserva en el Escorial. El tercer estilo es el de las figuras exageradamente alargadas, contorsionándose en movimientos imposibles.

El «Entierro del Conde Orgaz» es el resumen de toda la obra de Domenico Theotokópulos. Dolor, sombras, oscuridad y muerte en la parte inferior del cuadro, donde sobresalen el cuerpo muerto del Conde de Orgaz, San Agustín y San Esteban. En la parte superior acompañan el alma del Conde hasta el Cielo en el que, a pesar de los tonos claros, en los Angeles y los Santos, no hay ni una sola sonrisa.

Los colores, desconocidos hasta entonces, que desparrama por el cuadro; las luces físicamente mal, pero maravillosamente repartidas hacen vibrar un alma, siempre profunda, en los ojos negros de todos los personajes que desfilan por sus cuadros. Esto con la fantástica irrealidad de la figura, que la hace casi inhumana infundiéndole, quizás por lo mismo, una gran espiritualidad, nos transporta, al contemplar este cuadro y según el estado de ánimo en que nos encontremos, a países de ensueño o pesadilla.

¿Qué vida cabría imaginar en el autor de tantas obras de tonos oscuros, pesimistas, donde la misma luminosidad es triste? Sin embargo, alcanzó grandes honores. El rey le encargó trabajos; le admiraban los más grandes hombres de su época: Góngora, Covarrubias, Pallavicino...; tuvo dinero, si bien lo gastaba pronto por el placer de una vida de lujo exagerado, llegando a tener músicos para que le distrajeran durante las comidas.

Este arte de El Greco, tan original, distinto de todo lo creado hasta entonces, provocó dos reacciones: para unos era la más bella manera de expresar la inspiración; para otros el colmo de la extravagancia y del mal gusto. Hoy día, a pesar de que hemos visto, sobre todo en arte, bastantes más cosas que en el siglo XVI, si bien siendo las obras del Greco punto de discusiones y divergencias. Sin embargo, nadie puede decir que le es indiferente. Al Greco o se le detesta o se le adora.

en el arco de la distancia. Y es así que el poeta puede exclamar:

¡Ya vivo solo en muerte de recuerdos!

como si quisiera fundamentar su vida en la base de los años idos, pero que vuelven a él con la mágica expresión de sus sueños recobrados. Y de este modo vemos poesías tan bellas como «Jardín», en la que describe la verdadera belleza de un jardín, que no es la fuente cuando corre, ni la brisa, ni las aves, sino:

Es el jardín hecho tacto
sobre los pulsos del alma
cuando la luz de la tarde
brilla, ya muerta, en el agua.

Y en su parte titulada «Coplas y Canciones», no son menos bellas «La canción del Almendro», «La seguidilla del lucero» y «La canción de las trenzas».

En «Jardín Enamorado», hay composiciones tan sutiles y delicadas que al menor contacto con el aire se desharían, inundando con su aroma todas las páginas del libro, al igual que los versos de «Mediodía»:

Un punto más y toda la mañana
— alas blancas, campanas, algarazas —
romperá con delirio su alegría,
granada — corazón — que en luz estalla.

Sigue después la «Balada del Recuerdo», en la que en cuatro cantos nos pone al descubierto la desesperación de un enamorado que tiene en la ausencia de su amada el motivo más cruel de su tormento.

Con el «Romance del pueblo lejano» encabeza su colección de «Romances». Y bonita por cierto. Hay en ella el «Romance de la imposible» en el que la bilocada presencia de la amada, se funde en una imagen imprecisa y verdadera, lejana pero tangible:

No hay luz que no te dibuje
ni momento sin tus labios.

Y he de ir siempre así, perdido,
en este miedo insensato
de buscarte y nunca verte,
de hallarte y correr temblando.

El «Romance del llanto» es un lamento desgarrador y lastimero de la hembra abandonada:

¿Y esta seda de mis labios?
¿Y este calor de mis venas?
¿Y esta ternura de madre,
doliéndome en las caderas?

Y finalmente, el «Romance del jardín amargo», acaso sea el más bello de todos. Fijémosnos en su comienzo:

No en el aire transparente
de la verde primavera:
el jardín florecerá
en mi vida macilenta
abriendo rardos de hielo
entre músculos y venas,
rompiendo lirios de espantos
sobre voluntades yertas.

Y luego:

¡Ay, como debe penar
la rama que siente cerca

(continúa en la página 2)

CORAL MONTAGUD